

LECTIO DIVINA

XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(1 de septiembre 2024)

Dt 4,1-2.6-8

Sal 14

Stgo 1,17-18.21-22.27

Mc 7,1-8.14-15.21-23

TEMA

La liturgia del 22º Domingo del Tiempo Ordinario nos ofrece una reflexión sobre la “Ley”. Dios quiere plenitud y vida plena para el hombre y, en este sentido, propone su “Ley”. La “Ley” de Dios muestra al hombre el camino a seguir. Sin embargo, este camino no termina en el mero cumplimiento de ritos o prácticas vacías de sentido, sino en un proceso de conversión que lleva al hombre a comprometerse cada vez más en el amor de Dios y de sus hermanos.

La **primera lectura** nos asegura que las “leyes” y los preceptos de Dios son un camino seguro hacia la felicidad y la vida plena. Por eso, el autor de esta catequesis recomienda insistentemente a su pueblo que acepte la Palabra de Dios y se deje guiar por ella.

En el **Evangelio**, Jesús denuncia la actitud de quienes hicieron del cumplimiento externo y superficial de la “ley” un valor absoluto, olvidando que la “ley” es sólo un camino para llegar a un compromiso efectivo con el plan de Dios. Desde la perspectiva de Jesús, la verdadera religión no se centra en el cumplimiento formal de las “leyes”, sino en un proceso de conversión que lleva al hombre a la comunión con Dios ya vivir en un verdadero compartir de amor con sus hermanos y hermanas.

La **segunda lectura** invita a los creyentes a escuchar y aceptar la Palabra de Dios; pero advierte que esta Palabra, escuchada y acogida en el corazón, debe convertirse en un compromiso de amor, de compartir, de solidaridad con el mundo y con los hombres.

Deuteronomio 4,1-2.6-8

En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo: "Ahora, Israel, escucha los mandatos y preceptos que te enseño, para que los pongas en práctica y puedas así vivir y entrar a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de tus padres, te va a dar.

No añadirán nada ni quitarán nada a lo que les mando: Cumplan los mandamientos del Señor que yo les enseño, como me ordena el Señor, mi Dios. Guárdenlos y cúmplalos porque ellos son la sabiduría y la prudencia de ustedes a los ojos de los pueblos. Cuando tengan noticias de todos estos preceptos, los pueblos se dirán: 'En verdad esta gran nación es un pueblo sabio y prudente'.

Porque, ¿cuál otra nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos como lo está nuestro Dios, siempre que lo invocamos? ¿Cuál es la gran nación cuyos mandatos y preceptos sean tan justos como toda esta ley que ahora les doy?". Palabra de Dios.

AMBIENTE

El Libro de Deuteronomio es ese “**libro de la Ley**” o “**libro de la Alianza**” descubierto en el Templo de Jerusalén en el año 18 del reinado de Josías (622 aC) (cf. 2 Reyes 22). En este libro, los teólogos deuteronomistas - originarios del Norte (Israel) pero, sin embargo, refugiados en el Sur (Judá) tras las derrotas de los reyes del Norte contra los asirios - presentan los datos fundamentales de su teología: solo hay un solo Dios, que debe ser adorado por todo el pueblo en un solo lugar de culto (Jerusalén); que Dios amó y eligió a Israel e hizo un pacto eterno con él; y el Pueblo de Dios debe ser un solo Pueblo, propiedad personal de Yahvé (por lo tanto, las cuestiones históricas que llevaron al Pueblo de Dios a la división política y religiosa después de la muerte del Rey Salomón no tienen sentido).

Literalmente, el libro se presenta como un conjunto de tres discursos de Moisés, pronunciados en las llanuras de Moab. Al sentir la proximidad de su muerte, Moisés deja una especie de “testamento espiritual” al pueblo: recuerda a los hebreos sus compromisos con Dios y los invita a renovar su alianza con Yahvé.

El texto se presenta como parte del primer discurso de Moisés (cf. Dt 1,6-4,43). En la primera parte de este discurso (cf. Dt 1,6-3,29), en estilo narrativo, el autor deuteronomista pone en boca de Moisés un resumen de la historia del Pueblo, desde su estancia en Horeb / Sinaí, hasta su llegada a la montaña Pisga en Transjordania; en la parte final de este discurso (cf. Deuteronomio 4: 1-43), el autor presenta, en estilo exhortativo, un breve resumen de la Alianza y sus requisitos. Esta última sección del primer discurso de Moisés comienza con la expresión “y ahora, Israel...”, que vincula esta sección con la anterior: se muestra que el compromiso que ahora se le pide a Israel se basa en los hechos históricos anteriormente expuestos... La acción de Dios a lo largo del camino del pueblo por el desierto debe llevar al empeñarse. El capítulo 4 del libro de Deuteronomio es un texto escrito, muy probablemente, en la fase final del exilio del pueblo de Dios en Babilonia. Perdidos en una tierra extranjera y sumergidos en una cultura extraña, acosados cuando intentaban afirmar su fe en Yahvé y celebrarla a través de la adoración, impresionados por el esplendor ritual y las solemnidades del culto babilónico, el pueblo bíblico se arriesgó a cambiar a Yahvé por los dioses babilonios. En este contexto, los teólogos de la escuela deuteronomista invitarán al Pueblo a mirar su historia (cf. Dt 1,6-3,29), a redescubrir en ella la presencia salvífica y amorosa de Yahvé y a volver a comprometerse. ellos mismos a Dios y con su Alianza

MENSAJE

Este Dios que, en el pasado, intervino en la historia para salvar y liberar a Israel, es el mismo Dios que ahora ofrece a su Pueblo leyes y preceptos.

¿Por qué Israel debería aceptar y practicar estas leyes y preceptos que Dios les propone?

En primer lugar, como una forma de agradecimiento: es la respuesta de Israel a este Dios liberador, que ha actuado mil veces en el pasado para salvar a su Pueblo ...

En segundo lugar, porque las leyes y preceptos del Señor son sin duda un camino que lleva al pueblo por el camino de la felicidad y la libertad. En cualquier caso, vivir de acuerdo con las leyes y preceptos de Yahvé ayudará a la gente a cumplir todos sus sueños y esperanzas, es decir, el gran sueño de establecerse en una tierra, escapar de los peligros y los inconvenientes de la vida nómada (v. 1).

Sin embargo, Israel debe tener cuidado de no alterar o adulterar las leyes y preceptos que Dios les propone. Siempre existe el peligro de que los hombres adapten la Palabra de Dios para que sirva a sus intereses; siempre existe el peligro de que los hombres ablanden la Palabra de Dios para que no sea tan exigente; siempre existe el peligro de que los hombres supriman de la Palabra de Dios lo que les preocupa; siempre existe el peligro de que los hombres añadan algo a la Palabra de Dios, atribuyendo a Dios ideas y propuestas con las que Dios nada tiene que ver ... Israel debe resistir estas tentaciones: la Palabra de Dios debe ser una propuesta sagrada, que el Pueblo se esforzará por cumplirla plenamente (v. 2). En la parte final del texto que nos propone, el catequista deuteronomista expresa su orgullo por el hecho de que Israel es un Pueblo especial, el Pueblo Elegido de Dios. Esta elección se manifiesta en la presencia amorosa y liberadora de Yahvé entre su Pueblo (*¿cuál otra nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos como lo está nuestro Dios, siempre que lo invocamos?* – v. 7), en el don de la Ley y en la “sabiduría” presente en estas leyes y preceptos que el Señor dio a Israel, para conducirlos por los caminos de la historia (*¿Cuál es la gran nación cuyos mandatos y preceptos sean tan justos como toda esta ley que ahora les doy?* v.8).

Israel, un pueblo de “dura cerviz”, no siempre aceptó y cumplió las leyes y preceptos que el Señor les proponía; pero los círculos religiosos de Israel siempre se preocuparon por mostrar al Pueblo que esta Ley era una propuesta segura para alcanzar la vida plena, la felicidad. Es esta convicción la que nuestro catequista deuteronomista pone de manifiesto en esta “homilía” que se nos propone.

ACTUALIZACION

+ El autor de este texto es, ante todo, un creyente con un gran aprecio por la Palabra de Dios. Ve en las leyes y preceptos de Dios un camino seguro hacia la felicidad y la vida plena. Por eso recomienda insistentemente a su Pueblo que acepte la Palabra de Dios y se deje guiar por ella. ¿Qué importancia asume la Palabra de Dios en mi existencia? ¿Puedo encontrar el tiempo y la disponibilidad para escuchar, meditar e interiorizar la Palabra de Dios, para que informe mis valores, mis sentimientos y mis acciones?

+ Para muchos de nuestros contemporáneos, las leyes y preceptos de Dios son un camino de esclavitud, que condicionan la autonomía y limitan la libertad del hombre; para otros, las leyes y preceptos de Dios son una moral caduca, que no se corresponde con los valores de nuestro tiempo y que debe permanecer, cubierta de polvo, en el museo de la historia. Por otro lado, para el catequista que nos ofrece esta reflexión sobre el Libro del Deuteronomio, la Palabra de Dios es un camino siempre presente que libera al hombre de la esclavitud del egoísmo y lo lleva a encontrar la verdadera vida y la verdadera libertad. De hecho, la escucha atenta y el compromiso firme de la Palabra de Dios es, para los creyentes, una experiencia liberadora: nos salva del egoísmo, el orgullo, la autosuficiencia y nos proyecta hacia el amor, hacia el compartir, al servicio, al don de la vida.

+ Una de las recomendaciones insistentes es no corromper la Palabra de Dios, según los intereses personales de los hombres. Siempre existe el peligro, ya sea en nuestra reflexión personal o en nuestro compartir comunitario, de torcer la Palabra para que se adapte a nuestros intereses, de suavizar su radicalidad, de cortar sus aspectos más cuestionantes, o de hacerle decir cosas que no llegan. de Dios... Debemos preguntarnos constantemente si la Palabra que vivimos y proclamamos es la Palabra de Dios o nuestra “palabra”, si transmite los valores de Dios o nuestros valores personales, si da testimonio de la lógica de Dios o de nuestra lógica humana. Este proceso de discernimiento es más fácil cuando se hace en comunidad, en diálogo y en confrontación con los hermanos que caminan con nosotros, que nos cuestionan y que comparten con nosotros su perspectiva de las cosas.

+ Los creyentes comprometidos siempre estamos muy ocupados haciendo cosas bonitas para cambiar el mundo, en un activismo que a veces se exagera y que, poco a poco, nos hace perder el sentido de nuestra acción y nuestro testimonio. En medio de esta frenética actividad, tenemos que encontrar tiempo para escuchar a Dios, para meditar sus propuestas, para repensar sus leyes y preceptos, para descubrir el sentido de nuestra acción en el mundo. Sin escuchar la Palabra, nuestra acción se convierte en un “hacer cosas” estéril y vacío que, tarde o temprano, nos lleva a perder el sentido de nuestro testimonio y nuestro compromiso

Salmo 14

R. **¿Quién será grato a tus ojos, Señor?**

El hombre que procede honradamente
y obra con justicia;
el que es sincero en sus palabras
y con su lengua a nadie desprestigia.

R. **¿Quién será grato a tus ojos, Señor?**

Quien no hace mal al prójimo
ni difama al vecino;
quien no ve con aprecio a los malvados

pero honra a quienes temen al Altísimo.

R. **¿Quién será grato a tus ojos, Señor?**

Quien presta sin usura
y quien no acepta soborno en perjuicio de
inocentes,
ése será agradable
a los ojos de Dios eternamente.

R. **¿Quién será grato a tus ojos, Señor?**

Santiago 1,17-18.21-22.27

Hermanos: Todo beneficio y todo don perfecto viene de lo alto, del creador de la luz, en quien no hay ni cambios ni sombras. Por su propia voluntad nos engendró por medio del Evangelio para que fuéramos, en cierto modo, primicias de sus creaturas.

*Acepten dócilmente la palabra que ha sido sembrada en ustedes y es capaz de salvarlos. Pongan en práctica esa palabra y no se limiten a escucharla, engañándose a ustedes mismos. La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre, consiste en visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y en guardarse de este mundo corrompido. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

La carta es de un tal Santiago (cf. St 1, 1), a quien la tradición vincula a este Santiago “hermano” del Señor, que presidía la Iglesia en Jerusalén y de quien los Evangelios hablar accidentalmente como hijo de cierta María (cf. Mt 13,55; 27,56). Habría muerto decapitado en Jerusalén en el año 62... Sin embargo, la

atribución de este escrito a tal persona plantea muchas dificultades. Lo más cierto es que estamos ante algún otro Santiago, desconocido hasta ahora (el “Santiago, hijo de Alfeo” - mencionado en Mc 3:18. - y “Santiago, hijo de Zebedeo” y hermano de Juan - mencionado en Mc 1,19 e incluso - tampoco encajan en este perfil). En cualquier caso, es un autor que escribe en excelente griego, recurriendo a menudo a la “diatriba”, un género muy utilizado por la filosofía popular helénica. Se inspira particularmente en la literatura sapiencial para extraer lecciones de ella en la moral práctica; pero también depende profundamente de las enseñanzas del Evangelio. Es un sabio judeocristiano que replantea, de manera original, las máximas de la sabiduría judía, basándose en la plenitud que encontraron en la boca y la enseñanza de Jesús. La carta fue enviada “*a las doce tribus que viven en la Diáspora*” (Santiago 1, 1). Probablemente, la expresión alude a cristianos de origen judío, dispersos en el mundo grecorromano, especialmente en regiones cercanas a Palestina, como Siria o Egipto; pero, en general, la carta parece dirigirse a todos los creyentes, instándolos a no perder los auténticos valores cristianos heredados del judaísmo a través de las enseñanzas de Cristo. Sobre todo, denuncia determinadas interpretaciones consideradas abusivas de la doctrina paulina de la salvación por la fe, destacando la importancia de las obras; y ataca a los ricos con extrema severidad (cf. Stg 1,9-11; 2,5-7; 4,13-17; 5,1-6). Nuestro texto pertenece a la primera parte de la carta (cf. St 1, 2-27). Allí, el autor presenta, en un conjunto de desarrollos y frases aparentemente sin orden ni lógica, un resumen o breve guía al pie de la letra, ya que ofrece un breve panorama de los problemas que le preocupan y que abordará en los siguientes capítulos.

MENSAJE

El texto reflexiona sobre la Palabra de Dios. El autor de la carta no desarrolla un razonamiento continuo, sino que enumera varios aspectos relacionados con la forma en que los creyentes deben ver y recibir la Palabra de Dios ...

1. Dios ofrece continuamente a los hombres sus dones para darles vida y felicidad (v. 17). La Palabra de Dios es un don que el “Padre de las luces” ofrece al hombre y tiene como objetivo generar una nueva humanidad. Los creyentes, iluminados por la “Palabra de verdad” que les viene de Dios, pueden caminar con seguridad hacia la vida plena y la felicidad sin fin (v.18).
2. Los creyentes siempre deben estar disponibles para recibir la Palabra de Dios. No pueden encerrarse en su orgullo y autosuficiencia, ignorando las propuestas de Dios; sino que deben abrir el corazón para que la Palabra lanzada por Dios encuentre un lugar, arraigarse y desarrollarse (v. 21b).
3. Escuchar y acoger la Palabra debe, sin embargo, conducir a la acción. La escucha de la Palabra de Dios debe llevar a la conversión, al cambio, a abandonar la vieja vida de egoísmo y pecado, para abrazar una vida según Dios. La escucha de la Palabra de Dios no puede encerrar al hombre en un espiritualismo alienante y estéril, sino que debe llevarlo a un compromiso efectivo con la transformación del mundo (v. 22).
4. En el último versículo de nuestra lectura (v. 27), el autor de la carta describe la religión auténtica (a diferencia de la religión vacía, inoperante, muerta, de aquellos que hablan mucho pero no hacen acciones consistentes con sus palabras – v. 26): “*visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y en guardarse de este mundo corrompido*”. Uniendo este versículo con el tema central del resto de la lectura (la Palabra de Dios), podemos decir que es la escucha atenta de la Palabra de Dios lo que nos proyecta a la acción y al compromiso. La escucha de la Palabra de Dios lleva al creyente a pasar de una religión ritual, legalista, externa, superficial, a una religión de compromiso efectivo con la realización del proyecto de Dios y en el amor de sus hermanos y hermanas.

ACTUALIZACION

+ En nuestra sociedad hay tal sobreabundancia de palabras que la palabra se ha devaluado. Todos dicen lo que quieren, a veces de forma incómoda y desequilibrada, sin sopesar las consecuencias. Por lo tanto, estamos acostumbrados a no tomarnos demasiado en serio las palabras que escuchamos y no darles valor absoluto. Nuestro texto, sin embargo, valora la Palabra de Dios y enfatiza su importancia para llevarnos a encontrar la vida verdadera y eterna. Debemos dar a la Palabra que Dios nos dirige un peso infinitamente mayor que las palabras sin sentido que cada día llenan nuestros oídos y que embriagan nuestra mente...

La Palabra de Dios es una Palabra que genera vida, eternidad, felicidad; por lo tanto, debe ser valorado por nosotros.

+ El exceso de palabras (¡auténtica contaminación acústica!) nos provoca dificultad para escuchar con atención. Pensemos en el ruido de la música. No tenemos el tiempo ni la paciencia para escuchar todas las tonterías, todas las conversaciones sin sentido, toda la verborrea de aquellos a los que les gusta escucharse a sí mismos, aunque no digan nada importante. Por otro lado, las exigencias de la vida moderna, el trabajo excesivo, las prisas de la vida cotidiana, limitan en gran medida nuestra disponibilidad para escuchar. Creamos hábitos de no escuchar y nos volvemos sordos a los llamamientos que nos llegan a través de la palabra. Nuestra lectura nos invita, sin embargo, a encontrar tiempo y disponibilidad para escuchar al Dios que nos habla y que, a través de la Palabra que nos dirige, nos presenta sus propuestas para nosotros y para el mundo.

+ La Palabra de Dios que escuchamos y aceptamos en nuestro corazón debe llevarnos a la acción. Si solo escuchamos y contemplamos la Palabra, se vuelve estéril e inútil. Es necesario transformar esta Palabra que escuchamos en gestos concretos que nos lleven a la conversión y que traigan un aumento de vida al mundo. La Palabra de Dios que escuchamos debe llevarnos al compromiso, a la lucha por la justicia, por la paz, por la dignidad de nuestros hermanos y hermanas, por los derechos de los pobres, por un mundo más fraterno y más cristiano.

+ Nuestra religión, sin una escucha atenta y comprometida de la Palabra de Dios, puede fácilmente convertirse en el mero cumplimiento de ritos, en fidelidad a ciertas prácticas de piedad, una tradición que hemos heredado y en la que nos hemos instalado, una práctica que hace más fácil para nosotros estar insertos en un determinado entorno social, una alienación que nos hace olvidar ciertos dramas de nuestra vida ... Es la Palabra de Dios que, proponiéndonos una escucha continua de Dios y sus proyectos y un compromiso continuamente renovado de construir el mundo, da sentido a toda nuestra experiencia religiosa, transformándola en una verdadera experiencia de vida nueva, de vida auténtica.

Marcos 7,1-8.14-15.21-23

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén. Viendo que algunos de los discípulos de Jesús comían con las manos impuras, es decir, sin habérselas lavado, los fariseos y los escribas le preguntaron: "¿Por qué tus discípulos comen con manos impuras y no siguen la tradición de nuestros mayores?" (Los fariseos y los judíos, en general, no comen sin lavarse antes las manos hasta el codo, siguiendo la tradición de sus mayores; al volver del mercado, no comen sin hacer primero las abluciones, y observan muchas otras cosas por tradición, como purificar los vasos, las jarras y las ollas).

Jesús les contestó: "¡Qué bien profetizó Isaías sobre ustedes, hipócritas, cuando escribió: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Es inútil el culto que me rinden, porque enseñan doctrinas que no son sino preceptos humanos! Ustedes dejan a un lado el mandamiento de Dios, para aferrarse a las tradiciones de los hombres".

*Después, Jesús llamó a la gente y les dijo: "Escúchenme todos y entiéndanme. Nada que entre de fuera puede manchar al hombre; lo que sí lo mancha es lo que sale de dentro; porque del corazón del hombre salen las intenciones malas, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las injusticias, los fraudes, el desenfreno, las envidias, la difamación, el orgullo y la frivolidad. Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre". **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

En la primera parte del Evangelio según Marcos (cf. Mc 1,14-8,30), el autor presenta a Jesús como el Mesías que proclama el Reino de Dios. Moviéndose por Galilea, Jesús anuncia la Buena Nueva del Reino de Dios con sus palabras y acciones, proponiendo un nuevo mundo de vida, libertad y hermandad para todos los hombres. Su propuesta provoca las reacciones y respuestas más diversas en los líderes judíos, en el pueblo y en los propios discípulos.

El Evangelio de hoy nos muestra precisamente la reacción de los fariseos y de los doctores de la Ley ante la acción de Jesús. Un poco antes, Jesús había realizado la multiplicación de los panes y los peces (cf. Mc

6, 34-44), proponiendo, con su gesto, un nuevo mundo de fraternidad, servicio y participación (el “Reino de Dios”); y los líderes judíos, faltos de valor para enfrentarse directamente a Jesús y cuestionar su propuesta, eligen a los discípulos como blanco de sus críticas ... Naturalmente, estos fariseos, fanáticos de la Ley, cuestionarán a los discípulos de Jesús sobre la forma deficiente en la manera de cumplir la “tradición de los antiguos”.

Para los fariseos, la “tradición de los antiguos” no se limitaba a las normas escritas contenidas en la Ley (*Torá*), sino que englobaba un inmenso conjunto de leyes orales donde aparecían las decisiones y sentencias de los rabinos sobre los más diversos temas. En la época de Jesús, esta “*tradición de los antiguos*” constaba de 613 leyes (tantas como las letras del Decálogo entregadas a Moisés en el monte Sinaí), de las cuales 248 eran preceptos formulados positivamente y 365 preceptos formulados negativamente. Estas leyes, que el Pueblo tenía dificultades para conocer en su totalidad y que aún más difícilmente practicaban, eran para los fariseos el camino para hacer de Israel un Pueblo santo y para acelerar la venida liberadora del Mesías. Será precisamente en torno a este tema donde se centrará la polémica entre Jesús y los fariseos que nos presenta el Evangelio de hoy.

Cuando Marcos escribió su Evangelio (años sesenta o setenta), el tema de la observancia de la Ley judía todavía era un tema “candente”. Para los cristianos provenientes del judaísmo, la fe en Jesús debe complementarse con el estricto cumplimiento de las leyes judías... Sin embargo, la imposición de las costumbres judías sin duda conduciría a la salida de los cristianos provenientes del paganismo. La pregunta que debía abordarse era la siguiente: ¿era el cumplimiento de la Ley de Moisés importante para la comunidad cristiana? Para que se materializara el Reino que Jesús propuso, ¿era necesario cumplir plenamente con la Ley Judía? El Concilio de Jerusalén (hacia el año 49 d.C.) ya había dado una primera respuesta a la pregunta: para los cristianos, lo fundamental es la persona de Jesús y su Evangelio; no es lícito imponer a los cristianos del paganismo la carga de la Ley de Moisés. Sin embargo, el problema siguió surgiendo durante algunas décadas más, es decir, con respecto a los tabúes alimentarios hebreos y que los cristianos procedentes del judaísmo pretendían imponer a toda la Iglesia (cf. Rm 14, 1-15.6).

Probablemente sea este tema al que el evangelista Marcos quiere responder.

COMENTARIO DEL TEXTO

Marcos 7,1-2: Control de los fariseos y libertad de los discípulos. Los fariseos y algunos escribas, venidos de Jerusalén, observaban que los discípulos de Jesús comían el pan con manos impuras. He aquí tres puntos que merecen ser señalados: ¡Los escribas son de Jerusalén, de la capital! Esto significa que habían venido para observar y controlar los pasos de Jesús. ¡Los discípulos no se lavan las manos antes de comer! Significa que la convivencia con Jesús les da valor para transgredir las normas impuestas por la tradición, pero que no tienen sentido para la vida. La costumbre de lavarse las manos, que continúa siendo hoy una importante norma de higiene, había tomado para ellos un significado religioso que servía para controlar y discriminar a las personas.

Marcos 7,3-4: Explicación de Marcos sobre la tradición de los antiguos. “Las tradiciones de los antiguos” transmitía las normas que debían ser observadas por la gente para poder obtener la pureza legal querida por la ley. La observancia de la pureza era un tema muy serio. Se pensaba que una persona impura no podría recibir la bendición prometida por Dios a Abrahán. Las normas de la pureza eran enseñadas de modo que, las personas, observándolas, pudiesen tener un camino hacia Dios, fuente de paz. En realidad, en vez de ser una fuente de paz, era una prisión, una esclavitud. Para los pobres, era prácticamente imposible observarla. ¡Se trataba de centenares y centenares de normas y de leyes! Por esto, los pobres eran despreciados y considerados personas ignorantes y malditas que no conocían la ley (Jn 7,49)

Marcos 7,5: Escribas y fariseos critican el comportamiento de los discípulos de Jesús.

Los escribas y fariseos preguntan a Jesús: ¿Por qué tus discípulos no viven según la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras? ¡Ellos fingen estar interesados por conocer el porqué de la conducta de los discípulos! En realidad, critican a Jesús por permitir a los discípulos transgredir las normas de la pureza. Los escribas y los doctores de la ley eran los encargados de la doctrina. Dedicaban su vida al estudio de la Ley de Dios, sobre todo las normas relativas a la pureza. Los fariseos formaban una especie de hermandad, cuya preocupación principal era la de observar todas las leyes relativas a la pureza.

La palabra fariseo significa separado, ellos luchaban de modo que, a través de la observancia perfecta de las leyes de la pureza, la gente consiguiese ser pura, separada y santa como lo exigían la Ley y la Tradición. Gracias a los testimonios ejemplares de sus vidas que seguía las normas de la época, ellos tenían mucha autoridad en las aldeas de Galilea.

Marco 7,6-8: Dura repuesta de Jesús ante la falta de coherencia de los fariseos

Jesús responde citando a Isaías: *“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombre. Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres”* (Is 29,13) Por que los fariseos, insistiendo en las normas de la pureza, vaciaban de consistencia los mandamientos de la ley de Dios. Jesús presenta enseguida un ejemplo concreto de cómo vuelven insignificante el precepto de Dios.

Marcos 7,9-13: Ejemplo concreto de cómo los fariseos convertían inconsistente el mandamiento de Dios.

La “tradición de los antiguos” enseñaba: el hijo que consagra sus bienes al Templo no podrá ya usar estos bienes para ayudar a sus padres necesitados. Y así, en nombre de la tradición, ellos desvanecían el cuarto mandamiento que manda amar al padre y a la madre. Hoy en día encontramos personas que obran así. Parecen muy observantes, pero lo son sólo externamente. Internamente, el corazón lo tienen lejos de Dios. Como dice un canto que se cantaba en las eucaristías hace años: *“Su nombre es el Señor y pasa hambre, y vive a la intemperie en la calle y todos los que lo ven pasan de largo, seguros de llegar temprano al templo”*. En tiempos de Jesús, el pueblo, en su sabiduría, no estaba de acuerdo con todo lo que se enseñaba. Esperaba que un día el Mesías viniese a señalar otro camino para ser puros. Esta esperanza se realiza en Jesús.

Marcos 7,14-16: Aclaración de Jesús a la gente: un nuevo camino para llegar hasta Dios

Jesús dice a la gente: *“No hay nada fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarlo”* (Mc 7,15). Jesús invierte las cosas: lo que es impuro no viene de fuera hacia dentro, como enseñan los doctores de la ley, sino de dentro hacia fuera. Y así, ninguno tiene necesidad de preguntarse si este alimento o bebida son puros o no. Jesús coloca lo que es puro o impuro en otro nivel, sobre el nivel del comportamiento ético. Abre un camino para llegar hasta Dios, y así, realiza el deseo más profundo de la gente. Y Jesús termina su aclaración con una expresión que a Él le gusta mucho usar: *“¡Quien tengas oídos para oír que oiga! O sea: ¡Esto es lo hay! ¡Lo han oído! ¡Ahora tratad de entenderlo!”* Dicho con otras palabras, usen la cabeza y el buen sentido y analicen las cosas partiendo de la experiencia que tienen de la vida.

Marcos 7,17-23: Aclaración de Jesús a los discípulos

Los discípulos no acaban de entender lo que Jesús quería decir con aquella afirmación. Cuando llegaron a casa pidieron una explicación. Esta petición dejó maravillado a Jesús. Pensaba que al menos ellos lo hubiesen entendido. La explicación va hasta el fondo de la cuestión de la pureza. Declara puros todos los alimentos. O sea, ningún alimento que desde fuera entra en el ser humano podrá volverlo impuro, porque no va al corazón, sino al estómago y termina en el excusado. Lo que vuelve impuro, dice Jesús, es lo que desde dentro, desde el corazón, sale para envenenar las relaciones humanas. Y las enumera: fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricias, maldades, fraudes, libertinaje, envidia, calumnia, soberbia, insolencia, insensatez” Así, de muchos modos, por medio de la palabra, del gesto o de la convivencia, Jesús ayudaba a las personas a ser puras. Por medio de la palabra, purificaba a los leprosos (Mc 1,40-44), arrojaba los espíritus inmundos (Mc 1,26-39; 3,15.22 etc.) y vencía la muerte, fuente de todas las impurezas. Por medio del gesto, la mujer considerada impura vuelve a ser limpia (Mc 5,25-34). Por medio de la convivencia con Jesús, los discípulos se ven animados a imitar a Jesús que, sin miedo de contaminarse, come con las personas consideradas impuras. (Mc 2,15-17),

MENSAJE

Los pueblos antiguos en general, y los judíos en particular, sentían un gran malestar cuando tenían que lidiar con ciertas realidades desconocidas y misteriosas (casi siempre ligadas a la vida y la muerte) que no podían controlar ni dominar. Entonces crearon un abundante conjunto de reglas que prohibían el contacto con estas realidades (por ejemplo, cadáveres, sangre, lepra, etc.) o que, al menos, regulaban la forma de tratarlas, para hacerlas inofensivas. En el contexto judío, quienes violaban, incluso sin querer, estas reglas

se colocaban en una situación de marginalidad e indignidad que les impedía acercarse al mundo divino (el culto, el Templo) e integrarse a la comunidad del Pueblo Santo de Dios. Luego se dijo que la persona se volvió "inmunda". Para recuperar el estado de "pureza" y poder reintegrarse a la comunidad del pueblo santo, el creyente necesitaba realizar un rito de "purificación", cuidadosamente estipulado en la "Ley". En la época de Jesús, las reglas de la "pureza" habían sido ampliadas absurdamente por los doctores de la Ley. En la opinión de los rabinos de Israel existía una lista inmensa de cosas que hacían al hombre "impuro" y que, por tanto, lo alejaban de la comunidad del pueblo Santo de Dios. De ahí la obsesión por los rituales de "purificación", que deben realizarse en cada paso de la vida diaria.

Uno de estos ritos consistía en lavarse las manos antes de las comidas. Su origen probablemente sea la universalización del precepto que ordenaba a los sacerdotes lavarse los pies y las manos antes de acercarse al altar para el ejercicio del culto (cf. Ex 30,17-21). Desde la perspectiva de los doctores de la Ley, la purificación de manos antes de las comidas no era una cuestión de higiene, sino una cuestión religiosa ... En todo momento el creyente corría el riesgo, incluso sin saberlo, de tropezar con una realidad impura. y tocarla; para evitar que la "impureza" (que se había adherido a sus manos) ingresara al cuerpo, junto con la comida, era necesario lavarse las manos antes de las comidas.

En Galilea, tierra en permanente contacto con el mundo pagano y donde las normas de "pureza" no eran tan estrictas como en Jerusalén, no se le dio demasiada importancia al ritual de lavarse las manos antes de las comidas para evitar ingerir "impurezas". Los fariseos que venían de Jerusalén, al presenciar cómo los discípulos comían sin realizar el gesto ritual de lavarse las manos, se escandalizaron y remitieron el caso a Jesús. La historia probablemente sirvió a los fariseos para sondear a Jesús y determinar su ortodoxia y su respeto por la tradición de los antiguos.

Para Jesús, la obsesión de los fariseos por los ritos externos de purificación es síntoma de una grave deficiencia en la forma de ver y vivir la religión; por tanto, Jesús responde a la observación de los fariseos con cierta dureza ... Partiendo de la Escritura (v. 6-8) y del análisis de la praxis judía (v. 9-13), Jesús denuncia esta experiencia religiosa que solo apuesta por la repetición de prácticas externas y formalistas, pero no preocupadas por la voluntad de Dios (*"este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí"* – v. 6) o por el amor de sus hermanos. Es una religión vacía y estéril (*"el culto que me rinden es en vano"* – v.7), que no proviene de Dios, sino que fue inventada por los hombres (*"las doctrinas que enseñan no son más que preceptos humanos"* – v. 7). A los que apuestan por la religión de los ritos estériles, Jesús los llama "hipócritas" (v. 6): les interesa más la "apariencia" que el "ser", la materialidad más que la esencia de las cosas... Obedecen las reglas, pero no aman; usan la máscara de la religión con pretensión, pero no se preocupan en lo más mínimo por la voluntad de Dios. Esta religión es una mentira, una hipocresía, aunque tenga un aire muy santo y piadoso.

Luego, Jesús se dirige a la multitud y formula el principio decisivo de la auténtica moralidad: *"No hay nada fuera del hombre que, al entrar en él, pueda hacerlo impuro; lo que sale del hombre lo hace impuro"* (v. 15). Este principio general, a primera vista enigmático y abierto a diversas interpretaciones, se explicará más adelante: *"de dentro del hombre salen los malos pensamientos: inmoralidad, robos, asesinato, adulterio, codicia, injusticia, fraude, libertinaje, envidia, calumnia, orgullo, necedad. Todos estos vicios salen de dentro y hacen al hombre impuro"* (v.22-23). El dicho de Jesús se refiere, por supuesto, a dos "circuitos" diferentes: el estómago (por donde entra la comida que ingieres) y el corazón (de donde salen pensamientos, sentimientos y acciones). La comida que ingresa al estómago no es una fuente de "impureza"; son los malos pensamientos y acciones que brotan del corazón del hombre los que son la fuente de la "impureza": alejan al hombre de Dios y de la comunidad del pueblo santo.

En la antropología judía, el "corazón" es el "interior del hombre" en un sentido amplio; ahí es donde reside el asiento de los sentimientos, deseos, pensamientos, proyectos y decisiones del hombre. Es en este "centro vital", de donde todo parte, donde es necesario actuar. La verdadera religión no pasa, por tanto, por el cumplimiento de reglas externas, que regulan lo que el hombre come o no come; pero pasa por una auténtica conversión del corazón, que lleva al hombre a dejar la vieja vida y transformarse en un Hombre Nuevo, que asume y vive los valores del Reino. La preocupación por las reglas externas de la "pureza" es una preocupación estéril, que no toca lo esencial: el corazón humano; incluso puede servir para distraer al creyente de lo esencial, dándole una falsa seguridad y una falsa sensación de estar en regla con Dios. La

verdadera preocupación del creyente debe ser moldear su corazón, para que sus sentimientos, sus deseos, sus pensamientos, sus proyectos, sus decisiones se materialicen, en el día a día, en la escucha atenta de los desafíos de Dios y en el amor a los hermanos.

ACTUALIZACION

+ ¿Qué es lo decisivo en la experiencia religiosa? ¿Será el estricto cumplimiento de las leyes definidas por la Iglesia? ¿Son las manifestaciones externas de la religiosidad las que definen quién es bueno o malo, santo o pecador, amigo o enemigo de Dios?

+ Las “leyes” tienen su lugar en la experiencia religiosa, como signos que indican el camino a seguir. Sin embargo, es necesario que el creyente tenga suficiente discernimiento para darle un valor justo a la “ley”, viéndola solo como un medio para ir más allá en el compromiso con Dios y con los hermanos. El propósito de nuestra experiencia religiosa no es cumplir con las leyes, sino profundizar nuestra comunión con Dios y con los demás hombres, siendo eventualmente ayudados en este proceso por “leyes” que nos muestran el camino a seguir.

+ Si hacemos de las leyes algo absoluto, pueden convertirse para nosotros en un fin y no en un camino. En ese caso, las “leyes” serán en última instancia una forma de calmar nuestra conciencia, de juzgarnos en regla con Dios, de sentir que Dios nos debe algo porque hemos cumplido todas las reglas establecidas. Nos volvemos orgullosos y autosuficientes, ya que sentimos que somos nosotros quienes, con nuestro esfuerzo por estar en regla, conquistamos nuestra salvación. Ya no necesitamos a Dios, o simplemente lo necesitamos para que aprecie nuestro esfuerzo y nos dé lo que creemos que es una “recompensa justa”. La adoración que le rendimos a Dios puede convertirse, en este caso, en un proceso egoísta de compra y venta de favores y no en una manifestación del amor que llena nuestros corazones. En este caso, nuestra religión será una mentira, un negocio, que Dios no aprecia ni puede garantizar.

+ Según las enseñanzas de Jesús, no es muy religioso ni muy cristiano el que acepta todas las “leyes” propuestas por la Iglesia, o el que cumple escrupulosamente todos los ritos; sino que un verdadero cristiano es aquel que, en su corazón, se adhiere a Jesús y busca seguirlo por el camino del amor y la entrega, que acepta ser parte de la comunidad de discípulos, que acepta con gratitud los dones de Dios, que celebra el fe en comunidad, que acepta vivir una experiencia de amor compartido con los hermanos.

+ Esto es lo que Jesús quiere decir cuando invita a sus discípulos a no preocuparse por las leyes y ritos externos, sino a preocuparse por lo que sale de sus corazones. Es dentro del hombre donde se definen los sentimientos, deseos, pensamientos, opciones, valores, acciones del hombre. Ahí es donde nacen nuestros gestos injustos, los desacuerdos y violencias que destruyen la relación, los intentos de humillar a nuestros hermanos, los resentimientos que nos impiden perdonar y aceptar a los demás, las opciones que nos hacen elegir los caminos equivocados y que nos esclavizan a nosotros ya los que caminan a nuestro lado... La verdadera religión pasa por un proceso de continua conversión, en el sentido de asemejarse cada vez más a Jesús y de acoger la propuesta del Hombre Nuevo que vino a hacernos.

+ Debemos mantenernos libres y críticos con las “leyes” que se nos proponen, sean civiles o religiosas... Nos sirven y deben ser consideradas si nos ayudan a ser más humanos, más fraternos, más justos, más comprometidos, más coherente, más “familia de Dios”; no sirven si generan esclavitud, dependencia, injusticia, opresión, marginación, división, muerte. Sin embargo, el proceso de discernir “leyes” buenas y malas no puede ser un proceso solitario; pero debe ser un proceso que realicemos, con el Espíritu Santo, en el compartir comunitario, en el enfrentamiento fraterno con los hermanos, en una búsqueda coherente e interesada del mejor camino para alcanzar la vida plena y verdadera.